

Paraná,
rosa
de otoño



Amaro
Villanueva

PARANÁ, ROSA DE OTOÑO

(CRÓNICAS SELECCIONADAS)



Amaro Villanueva.

VILLANUEVA, AMARO (1900-1969)

Paraná, rosa de otoño : Crónicas seleccionadas

1.^a ed.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2013

96 pp. ; 23 x 16 cm

(Cuadernos de las orillas; 1)

ISBN: 978-950-698-318-5

1. Literatura Argentina. 2. Crónicas. I. Título

CDD A860

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Coordinador

Guillermo Mondejar

Equipo editorial

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

Gustavo Esteban Martínez

© EDUNER, 2013

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Córdoba 475

E3100BXI

Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

< www.eduner.uner.edu.ar >

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

7 *Presentación*

PARANÁ, ROSA DE OTOÑO

- 11 Paraná, rosa de otoño
15 La encina de Plaza de Mayo
21 Intimidades monumentales de Paraná
27 Martín Fierro en Paraná
32 Restauración retrospectiva de Paraná
37 25 de Junio y Andrés Pazos
42 San Miguel, arcángel y contrabandista
48 Sobre el río color de león
54 Enfoque del Parque Urquiza
60 En memoria del desocupado
66 Nicaragua, recodo de la tarde
71 Al borde de la vía blanca
77 Santiago del Estero: túnel de fronda
82 Ha llegado sin sentirlo siquiera
87 Las fuentes de la ciudad

93 *Notas sobre los textos*

95 *Principales obras del autor*

PARANÁ, ROSA DE OTOÑO

Fue un verdadero y grande acierto el de la propaganda en favor del turismo cuando difundió, como un poético *slogan* de la capital de Entre Ríos, aquella sugestión de su paisaje: «Paraná, ciudad de otoño».

Tal acierto está condicionado, indudablemente, por la verdad. Estamos viendo crecer el otoño desde esta orilla del río epónimo y es necesario confesar que, entre los finos colores de la estación espiritualísima, la ciudad de Carriego se trasunta en la rosa.

La rosa, que florece en las fábulas y es la preferida de los poetas, como decía el viejo Anacreonte, que la vio en los dedos de la aurora, en los brazos de las ninfas y en la tez de Venus, es el símbolo plástico de esta ciudad de colinas y agua numerosa.

Le llega del otoño, como a la flor, que ya abre sus párpados, la gracia y el prestigio de la armonía. Todo va armonizando aquí, en efecto, al llamado de la estación: tierra, cielo y agua, y, aunque todavía la estación no ha decantado su tema bajo la inestable atmósfera, el milagro se anunció con dos o tres días de limpio cielo y plácida temperatura.

Entonces pudo verse cómo esta ciudad concede la razón al *slogan* turístico.

Sus calles ya no duermen la rigurosa siesta del estío, sino que nos salen invitando a caminar, a cumplir con ese rito de la lenta caminata *d'après-midi* del buen burgués, que es un rito digestivo,

pero que aquí se transforma en una ablución espiritual. Porque estas calles irregulares e indóciles al nivel nos llevan a las cosas y los detalles más inesperados. Cada una de ellas parece que tiene su peculiar telón de fondo, levantado por quién sabe qué tramoyistas amables que andan manejando las cuerdas del paisaje. El cielo, el río, el ondulante campo, las arboledas altas y lejanas, todo eso que es el panorama y la distancia, tiene su esquina o su bocacalle de *exposición individual*. Y para disfrutar de estos óleos y acuarelas no hay que pagar otra moneda que la de la caminata pacífica y atenta, es decir, gastar un poquito de suela, para contribuir a la campaña de economía de combustibles.

No se venden esas telas y esos cartones, de modo que tampoco hay compromiso de comprar, para que el autor no nos reciba al día siguiente –la tarde siguiente, es más apropiado decir– con cara de león de escalera, según la expresión de Joaquín Castellanos. Y es también imposible robar este enmarcado paisaje con la complicidad de la cámara fotográfica. Es muy difícil que la película pueda expresar en su única tinta el matiz dulcísimo del otoño mirado desde una calle de Paraná. Para esto sería indispensable poseer dotes de artista, y un artista no roba a otro, aunque sea capaz, en cambio, de sacarle los ojos.

Desde estas calles se va insensiblemente hacia el Parque Urquiza, hacia la Costanera, hacia la vecindad del agua ancha y espléndida. Y si uno se queda por ahí, mirando como buen impresionista la sucesiva degradación de la luz en los pinceles de la tarde, ve que toda la fiereza de este «río color de león», del verso de Lugones, se va endulzando de matices y escorzos innumerables, sorprendentes, delicadísimos, perfectos en su fluidez y su instantáneo naufragio. Es el otoño del agua, la estación del río. Y cuando la tarde pisa «el umbral del horizonte» –para decirlo

con Apollinaire y Sem Tob– «queda el agua olorosa, rosada, que más vale». Es la versión otoñal del «abril y la flor», de Darío.

Con estas transcripciones de *señores poetas*, queda dicho que uno no puede dejar de espiritualizarse en la tarde otoñal y paranaense de la ribera. De modo que, si no es poeta para llamar las cosas por su nombre más lúcido, uno tiene que recurrir al recuerdo de los versos de quienes lo fueron y siguen mirando la realidad desde su tiempo eterno.

El río armoniza así con la tierra y las calles del otoño, en esta ciudad de Entre Ríos y *entre cielos*. Entre cielos, sí, porque también el cielo toma su iniciativa para ponerse de acuerdo con la tierra otoñal y se vuelca en acuarelas sobre el agua en marcha, donde se espeja con un temblor de ondas. Este cielo paranaense es una estación de los ojos. Basta levantar la mirada en un día claro para que ya nunca más los ojos dejen de añorar la pureza de esa «tierra de arriba», según la llamó el araucano y el pehuenche. A veces, en todo el ancho del campo celestial no se ve otra alma viviente que la de una nubecita que va de mandado, con su delantal de brisa y almidón. Como también sucede que sólo corta el agua de este inverso mar sin riberas la rumorosa quilla de una bandada de patos. Pero este cielo tirante y claro, que no alcanza al cobalto, tiene asimismo su encantadora y expresiva soledad, sin nube mandadera ni alado barco. Sólo cielo. Cielo que medita y suspira en escalas de luz, en despejada gama de matices de su paño azul, como el virtuoso en una sola cuerda, y entre las dos rosas crepusculares del oriente y de la oración. En esas dos puntas del cielo, la de las barras del día y la del brasero del poniente, no hay color que no deje de acudir al concierto de su milagro, que es casi canoro, como el de los pájaros, y de tan multiplicada voz como éstos. Es un cielo increíble, si pintado,

porque lo juzgaríamos una fantasía. Es un cielo imaginado, un cielo para inventar recién el viejo lugar común de la «sinfonía de color».

Y cuando todo este juego de prestidigitador cae en el agua y se entrega a las peripecias del río, ya en el alba o en la oración, entonces no se piensa ni se razona, porque la locura de los colores invade el alma y la lleva entre esos dos rieles de ensueño y de fábula, que son el agua y el aire, para devolverla deslumbrada tras ese vertiginoso viaje de la más pura realidad.

Esta es la verdad del otoño paranaense, en la tierra, en el cielo y en el agua. Es la rosa de la estación, su prólogo y su mérito. Pero no es todo lo que hay que ver, según lo iremos viendo, en esta ciudad de otoño.